

Aporte de la experiencia mística de santa Faustina Kowalska a la comprensión del fenómeno teológico de agonía

Fecha recibido: 15/07/2022 - Fecha publicación: 21/09/2022

Jonathan Arango Murillo¹

Camilo Andrés Atehortúa Atehortúa²

Elkin Alonso Gómez Salazar³

Resumen

La experiencia mística de santa Faustina Kowalska está marcada por el sentimiento de desierto y destierro espiritual, que es descrito por ella misma con la palabra agonía. Un breve análisis histórico, filosófico y teológico de este concepto permite ampliar su comprensión para vislumbrar de qué manera, aquello que vivió esta santa polaca, aporta a la Iglesia un itinerario espiritual que puede asumir cualquier creyente, y que se expresa concretamente al confiar en la divina misericordia a la que ella se consagró como apóstol.

Palabras clave: Teología, Santidad, Experiencia religiosa, Agonía, Mística

1. Teología. Universidad Católica de Oriente. 2021. Correo electrónico: jonatanarangomurillo@gmail.com

2. Teología. Universidad Católica de Oriente. 2021. Correo electrónico: camiloaaa96@hotmail.com

3. Magíster en Teología, Pontificia Universidad Gregoriana (Roma, Italia). Teología, Universidad Católica de Oriente (Rionegro, Antioquia, Colombia). Miembro del grupo de investigación *Humanitas*. Orcid: 0000-0003-0203-520X Correo electrónico: egomez@uco.edu.co

Hacia una conceptualización del término *agonía*

Es conveniente realizar un estudio de este término, de modo que nos permita ampliar la perspectiva al respecto y distinguirla de la agonía a nivel biológico que, aunque en algunos elementos puede converger, no representa un foco de interés en el presente trabajo. Así las cosas, nos interesa aproximarnos a su significado existencial, que puede encontrarse con más exactitud en áreas del saber como la filología, la psicología y la filosofía. En el tercer capítulo nos ocuparemos de la experiencia mística como, cuando ya tengamos los elementos necesarios que nos permitan relacionarla con la agonía, muy especialmente en lo que se refiere a esto como experiencia mística en la vida de santa Faustina Kowalska.

Desde el ámbito etimológico, la palabra griega *ἀγωνία* posee tres significados: el primero está relacionado con lucha o el combate por la victoria; el segundo se refiere al ejercicio gimnástico y el tercero expresa un estado de la mente, adquiriendo aquí una connotación muy cercana a la *angustia* (Domínguez, (2010).

Hasta ahora, es posible constatar que etimológicamente la palabra no hace referencia al estado previo al cese de las funciones biológicas, en cambio, se refiere más bien a una actitud personal, fruto de una situación concreta de la vida que reclama ser superada, ya que no se concibe propiamente como un bien en sí mismo. Debe recordarse que, existe en griego otra palabra para expresar la agonía; *ἀγονία* significa sin generación, infecundo, estéril. De acuerdo a Viteri y Posada (2018) se trataría de una expresión que manifiesta aquella realidad a la cual el hombre no quiere llegar:

El sin nacimiento y la infecundidad produce angustia y dolor pues no hay continuidad de la existencia; con estos términos se cancela el fin último del hombre, que es querer vivir eternamente. Aunque este término no denota lucha, se concluye desde aquí que siempre el hombre huirá a estos estados, pues son de cierto modo *anti-natura* y cierran el proyecto de vida del hombre. (p.1091-1114)

En esta línea discursiva, vale la pena anotar que de acuerdo al Diccionario Vox Greco español, la palabra *agonía* viene a su vez de “ag nnetos” que puede significar contienda, disputa, pleito, peligro, crisis, adquiriendo una connotación más cercana al modo como se entiende desde el ámbito psicológico. Si más arriba decíamos que la palabra agonía servía para expresar un estado de la mente, la angustia, fruto de este estado, se entiende como:

Reacción de urgencia indiferenciada, que sobrepasa las capacidades de gestionar una situación dolorosamente penosa en el individuo. Su expresión es urgente, el sufrimiento no puede “ser guardado en sí” ni tolerado demasiado tiempo, se debe aliviar inmediatamente o deshacerse de él, lo que provoca repetidos llamados de ayuda, acciones *auto-calmantes* o una agitación impotente. (Lecours, 2018, p.6-7)

Esta es quizás la sensación que muchas personas pueden tener cuando se ven arrinconadas en situaciones *límite* que definitivamente no es posible manejar. La psicología habla de niveles de mentalización y afirma que:

La tristeza adaptativa es de algún modo una angustia que habrá sido suficientemente mentalizada, mientras que la agonía es una angustia no mentalizada. La tristeza es una angustia “bien revestida” de representaciones que favorecen la simbolización, una angustia bien mentalizada, mientras que la agonía proviene de la exposición prolongada o intensa a la angustia. La agonía podría ser entonces el sufrimiento asociado con la percepción del daño al contenedor psíquico que ha sido desbordado. (Lecours, 2018, p.7-8)

Es importante señalar que desde el ámbito psicológico, se encuentran en las experiencias traumáticas y en el *desgaste* dos caminos que pueden conducir al sentimiento de agonía: el primero por colocar al individuo en un estado de angustia impotente e inmediata que conduce al mismo tiempo a un desbordamiento de sus recursos para gestionar la angustia, y el segundo por acumulación

Aporte de la experiencia mística de santa Faustina Kowalska a la comprensión del fenómeno teológico de agonía

de microtraumatismos que aumentan progresivamente la experiencia de angustia hasta el límite (Lecours, 2018).

Si haciendo el acercamiento etimológico a la palabra *agonía* afirmábamos que era fruto de una situación concreta de la existencia, y a lo mejor temporal, para Miguel de Unamuno pierde esta connotación circunstancial y adquiere un sentido más existencial: la vida misma, independiente de su situación concreta, es una agonía.

Este filósofo español comprende la agonía como búsqueda incesante de vida con todas sus implicaciones ontológicas del hombre como ser que lucha, que no está estático, sino que al ser vida se mueve en todas sus dimensiones humanas. (Viteri y Posada, 2018). Unamuno parece no poder soportar la idea de *aniquilación post mortem*, de modo que asume una cualidad agonal que lo pone en actitud de lucha y resistencia. Afirma en una de sus obras que “agoniza el que vive luchando, luchando contra la vida misma y contra la muerte” (Unamuno, 1930, p.7).

Como se ve, la agonía entendida desde el pensamiento unamuniano está lejos de cualquier tipo de quietismo o de simple resignación ante las situaciones concretas de la existencia. No se trata pues de asumir la perspectiva de la muerte como algo inevitable y realizando un esfuerzo por conservar el alma imperturbable, sino resistirse decididamente a morir.

Al igual que para los griegos, la agonía estará aquí unida a la actividad; no será una agonía pasiva en la cual el hombre mira hacia arriba esperando que algo acontezca, sino que Unamuno se presentará como un hombre que agoniza en actividad, aunque conozca la tragedia de la vida (Viteri y Posada, 2018).

Dicho lo anterior, cabe señalar que la agonía para Unamuno (s.f.) no constituye en sí una realidad que deba evadirse; más bien, establece el único modo verdadero de vivir, al punto tal que afirma: “por mi parte no quiero poner paz entre mi corazón y mi cabeza, entre mi fe y mi razón; quiero más bien que se peleen entre sí” (p.370). Muere el que no lucha, el que no agoniza, el que no usa la memoria, el arte y la reproducción como los medios con los que el hombre puede alcanzar la inmortalidad tan anhelada.

En este ámbito, relucen pensadores como Soren Kierkegaard, quien propone la fe como único medio eficaz para enfrentar la angustia existencial que lleva consigo la tentación de desesperanza. La angustia humana solo se puede superar por medio de un Tú absoluto (Sorgel. s.f).

Con todo esto, y entendiendo la agonía como un sentimiento que pone a la persona en el límite de su capacidad, y que demanda de ella todo su esfuerzo por conservarse en la existencia, abordaremos este fenómeno en la persona de Jesús, rastreando muy especialmente el testimonio del evangelio de Lucas.

Acercamiento bíblico-teológico a partir de Lc 22,39-46

El sentimiento de agonía en la persona de Jesús, y reportado por el evangelio de Lucas, estuvo presente en el momento culminante de su vida terrena como personaje histórico, precedido por la llamada última cena y seguido por su captura, sentencia, crucifixión, muerte y resurrección.

Jesús se encuentra en el límite de su humanidad, al punto de que Mateo y Marcos coinciden al poner en su boca la expresión “mi alma está triste hasta el punto de morir” (Cf. Mt 26,38; Mc 14,34), para luego postrarse profundamente en tierra sumido en una oración dirigida al Padre, suplicando que aparte de él ese cáliz amargo, pero sometiénndose a su divina voluntad. No así, Lucas, presenta algunas variaciones en su narración que, abriendo la perspectiva de un horizonte teológico diferente, pueden responder al ámbito cultural y religioso al que pertenece la obra lucana. Debemos recordar que el tercer evangelista no perteneció al grupo de los discípulos propiamente, sino que se adhirió a la fe en estadios posteriores a la pasión y resurrección de Jesús, de modo que estaría familiarizado al modo griego de entender la tristeza; esto explicaría por qué en primera instancia omite este término como un sentimiento en Jesús y lo remplazara por el término griego “*ἀγωνία*” tal y como lo reporta la versión de los LXX.

De este modo, el relato de la agonía en Marcos, es ante todo cristológico, mientras que el de Mateo tiene una connotación eclesial porque contiene varias reminiscencias

del Padre Nuestro. Por su parte, el relato lucano de la agonía es cristológico como el relato de Marcos y eclesial como el de Mateo, pero de un modo que le es completamente propio. A los ojos de Lucas, Jesús sufriente trasciende infinitamente a todos los mártires, de modo que la Pasión de Cristo ilumina aún, e incluso, sobre todo, los sufrimientos y las pruebas de toda clase sufridas por la Iglesia (Feuillet, s.f.).

Como ya se mencionó, la palabra griega que traducimos por *agonía*, y que está presente solo en el evangelio de Lucas, no designa los últimos espasmos que preceden a la muerte, sino que conserva su sentido normal de combate, refiriéndose aquí el combate interior.

Según algunos exegetas modernos, el autor del tercer evangelio se inspiraría para este pasaje en el modo como, en el mundo greco-romano, se representaba a los atletas. En dicho contexto, la *agonía* es “el estado de tensión interior, la concentración extrema característica de los atletas a punto de comenzar la lucha” (Feuillet, s.f., p.3).

Cabe destacar que la omisión en Lucas de la palabra tristeza, que sí está presente en Mateo y en Marcos, parece responder a la intención redaccional del autor. Según el estoicismo hay cuatro clases de pasiones: la tristeza, el miedo, la codicia, el placer. Según Cicerón se trata de “movimientos del alma que desobedece a la razón”; de aquí que sean tratados como enfermedades, desórdenes del alma. Cada pasión, para Plutarco, es un pecado (Neyrey, s.f., p.1). En este sentido, no se concibe la posibilidad de *rebajar* a Dios a tal condición, pues se presume que no estaría sometido a ninguna clase de pasión por considerarse un accidente ajeno a la realidad divina.

Siguiendo esta línea, anota Jerome H. Neyrey cómo:

Cicerón describe vivamente los efectos devastadores de la *aegritudo* (tristeza): “significa corrupción, tortura, agonía, algo horrible; corroe el alma y la arruina”. La tristeza lleva inevitablemente al miedo y al abatimiento, a la depresión, y finalmente a un sentimiento de sujeción y derrota. Por eso, parecería incorrecto que Jesús fuese presentado como afligido por la tristeza, pues supondría que él estuvo sujeto a las pasiones y que fue vencido. (Neyrey, s.f., p.2)

Dando una mirada atenta al desarrollo de este pasaje en Lucas, podemos destacar que, en su redacción, no solo omite la palabra *tristeza*, sino que altera sutilmente algunos detalles en la acción de Jesús que pudieran asociarse a una batalla perdida. Si en Marcos y Mateo se menciona que Jesús cae en tierra, en Lucas Jesús se presenta de rodillas, manifestando así una postura no de derrota sino de lucha.

Sin embargo, no podemos perder de vista que en Jesús la naturaleza divina asume todos los elementos de la naturaleza humana, y si bien su humanidad se encontraba en el límite del colapso por la suma de experiencias desbordantes (la continua persecución de los fariseos, la inminencia de la traición de Judas, la separación de los discípulos, el conocimiento de los terribles sufrimientos que le esperaban, etc.), podemos ver en la asistencia del ángel que menciona Lucas, el modo como la naturaleza divina soporta la *debilidad* humana para que no sucumba antes de tiempo.

Continúa señalando Neyrey, cómo Lucas omite la primera petición sobre la *hora* y centra la oración sobre la voluntad del Padre, cambiando el “si es posible” de Marcos por el “si quieres”, además de reducir a una sola la triple oración de Jesús en Marcos. Lucas omite aquellos detalles marquianos que podrían sugerir que Jesús estaba turbado y descontrolado.

Ahora bien, si la intención de Lucas era suprimir las referencias a la tristeza en la persona de Jesús y presentarlo como quien se encuentra en posición de batalla, que es como se entiende el término griego *agonía*, ¿cómo puede entenderse este pasaje, a partir de una reflexión espiritual que ilumine la experiencia mística de santa Faustina Kowalska?

Lo primero que podemos mencionar es que resulta muy significativo saber que Jesús, tal y como reza la doctrina de la Iglesia, se hizo semejante a nosotros, excepto en el pecado. Él vivió todas las realidades profundamente humanas a las que nos podemos ver sometidos en algún momento de nuestra existencia y nos mostró en su propia persona, que estamos capacitados para luchar y vencer. De esta manera resulta sumamente consolador el saber que Jesús, al igual que muchas personas, se encontró a punto

Aporte de la experiencia mística de santa Faustina Kowalska a la comprensión del fenómeno teológico de agonía

de un desbordamiento psicológico, pero manteniéndose *agónico*, luchando como un atleta y confiando en el Padre, a quien oró pidiendo que se hiciera su voluntad. La experiencia de Jesús se convierte así en un signo de esperanza que se fundamenta en que tenemos un “Dios humillado hasta la cruz” y en las palabras de Cristo: “Yo he pensado en ti en mi agonía; he vertido determinadas gotas de sangre por ti” (González, 2001, p.327).

De este modo, Lucas nos presenta a Cristo que se sirve de su propia agonía para hablarle al mundo con vivísima voz: “Ten valor, tú que eres débil y flojo, y no desesperes. Estás atemorizado y triste, abatido por el cansancio y el temor al tormento. Ten confianza (Feuillet, s.f., p.12).

Componentes de la mística en general (tipología de la experiencia Mística)

Hasta ahora se han ido sentando las bases y los presupuestos necesarios que permitirán abordar sólidamente el tema en cuestión. Así, se afirma que la experiencia mística, en cuanto tal, puede entrar en diálogo con las demás ramas del saber, sobre todo porque hace parte de una experiencia humana que, a pesar de no ser verificable al modo tradicional y acostumbrado por la ciencia, se ubica dentro de lo empírico y lo útil. Además, se ha realizado un breve recorrido que permitió rastrear la manera en que algunos autores han entendido la agonía con un carácter existencial, distinguiéndola de lo meramente biológico, y se analizó el modo en que Cristo mismo se vio envuelto en esta realidad humana.

A la palabra *agonía*, se le ha agregado metodológicamente el adjetivo *mística*, que permite introducirla como una experiencia religiosa y concreta de algunas personas, por la cual, se llega al grado máximo de intimidad del alma humana con lo sagrado, durante la existencia terrenal. (Ancilli, s.f.). Esta experiencia, que afirmamos muy específicamente en el contexto de la fe cristiana y que por tanto, se puede llamar *mística cristiana*, está caracterizada, entre otras cosas, por la certeza del sujeto de que su experiencia es gracia y misericordia inmerecida (De Fiores, Goffi y Guerra, 1985, p.933),

conservando la consciencia de que esto no constituye lo esencial en el cristianismo, ni es necesariamente el don más alto, sino que otorga la primacía a la caridad y se ubica en el ámbito de lo inefable, ya que el lenguaje humano se le presenta insuficiente para expresar la sublimidad de aquello que ha vivido. Así, esta experiencia de unión se concibe y se interpreta como la unidad del ser creado en el Ser originario, del que aquel es ciertamente participación, pero sin que se establezca propiamente una alteridad (De Fiores, Goffi y Guerra, 1985, p. 934).

De este modo y gracias a la experiencia cristiana que ofrece la historia, se puede tipificar la mística en dos niveles, que a su vez corresponden a una manifestación concreta de esa *unión* que ya mencionamos más arriba:

Unión sacrificial (Unión con el dolor de Cristo)

Si bien la realidad del dolor hace parte de la cotidianidad humana y se le presenta al hombre como algo inevitable, a partir de la experiencia de fe y como un modo de unirse a Cristo, adquiere una connotación especial, ya que se convierte en una posibilidad de unirse al dolor redentor de Cristo. Así lo expresa san Pablo VI cuando afirma:

Tenemos una cosa más profunda y más preciosa, la única verdad capaz de responder al misterio del sufrimiento y de dar un alivio sin engaño: la fe y la unión al Varón de dolores, a Cristo, Hijo de Dios, crucificado por nuestros pecados y nuestra salvación. (Clausura del Concilio Vaticano II)

Y en palabras del teólogo español José Antonio Pagola (2012): “En el sufrimiento de Jesús se nos revela que lo redentor no es propiamente el sufrimiento como tal, sino el amor que puede vivir la persona que padece ese sufrimiento” (p. 16).

Como es evidente, este modo de comprender el dolor constituye una novedad introducida por Cristo, quien, al abrazar su propia cruz, dejó un claro mensaje para

quien se decidiera seguir sus pasos. Al respecto, escribe Mazariegos (2011):

Desde que Jesús subió a la Cruz, el sentido de la cruz ha cambiado. Desde la fe, la cruz tiene otra lectura. Desde la fe ya no se mira al árbol maldito, sino al que pende del madero; ya no se mira al ajusticiado, sino al que entregó su vida por muchos; ya no se mira algo que no tiene sentido, que es absurdo, sino a Alguien que, loco de amor por los hombres, se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz (falta página).

Con esto, queda superada la idea de que el sufrimiento corresponde al castigo merecido por los pecados. Para el místico, la experiencia de dolor se convierte en una oportunidad de unión con Dios a quien se ama, y que redunda muy especialmente en un sentimiento de paz y de alegría. Al respecto, san Rafael Arnaiz, citado por Barón (2011) dirá:

Solo puedo decir que, en el amor a la cruz de Cristo, he encontrado la verdadera felicidad y soy feliz, absolutamente feliz, como nadie puede sospechar, cuando me abrazo a la ensangrentada cruz y veo que Jesús me quiere, y que María también me quiere, a pesar de mis miserias, de mis negligencias, de mis pecados. (p.899)

En este mismo sentido y refiriéndose al modo en que el sufrimiento se convierte en algo deseable y habitual, expresa santa Teresita del Niño Jesús (2017): “Estoy convencida de que no sufriría ninguna decepción, pues cuando uno espera exclusivamente padecer, le sorprende el menor goce; además llega a ser el sufrimiento la mayor de las alegrías cuando se busca como un tesoro precioso” (p.206).

El apóstol san Pablo afirma lo siguiente en su carta a los Gálatas:

Con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí”. (2, 19b-20),

El santo deja ver cómo, para el discípulo, la adhesión a la cruz de Cristo, símbolo del sufrimiento en la vida cotidiana, es un elemento esencial en el seguimiento del Señor, y agregará en la epístola a los colosenses: “ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo lo que falta a las tribulaciones de Cristo en mi carne” (Col 1,24).

Con estas breves alusiones al sufrimiento que nos reporta la sagrada escritura y que pone en boca del apóstol de los gentiles, podría entenderse una sutil manifestación del común sentir de la comunidad cristiana primitiva y la manera como encuentran en el sufrimiento, un modo de parecerse a Cristo, primero crucificado, para luego ser glorificado.

Al respecto, san Pablo motiva a la comunidad de Éfeso a no desanimarse ante las tribulaciones que tiene que sufrir por anunciar el evangelio, y le recuerda que en ellas se encuentra la mayor gloria (cf. Ef 3,13).

Así, el cristiano de todos los tiempos, muy especialmente aquel que se ha unido a Cristo a través de la experiencia mística, descubre que nada lo podrá separar del amor de Jesús; ni siquiera el mismo sufrimiento cuando lo sabe vivir con Cristo (cf. Rm 8,37), porque, además, ha aprendido a sufrir por su Señor, quien le ha concedido, no solo la gracia de creer en él, sino también la gracia de padecer por él (cf. Fil 1,19).

Es necesario agregar a esto, que en la experiencia del sufrimiento, el creyente no se encuentra en un estado de abandono, puesto que, no solo comparte los sufrimientos de Cristo, sino que el mismo Cristo, se hace partícipe de sus sufrimientos para confortarlo, según lo expresa la segunda carta a los corintios:

¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda tribulación nuestra, para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios!” (2 Cor 1, 3-4).

Aporte de la experiencia mística de santa Faustina Kowalska a la comprensión del fenómeno teológico de agonía

Por su parte, el apóstol Pedro afirma en su primera carta católica: “para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos un modelo para que sigáis sus huellas” (1 P 2,21).

Este es el ejemplo que han seguido muchos místicos a lo largo de la historia, quienes han encontrado en la cruz de Cristo, el misterio que se oculta tras la vida del creyente que quiere llegar a Dios, es decir, han entendido que asumir la cruz es el único medio para unirse definitivamente con *el amado* en el cielo, luego de haberse esforzado por emprender el camino de la perfección de vida cristiana. Al respecto, reflexiona Emilio Mazariegos (2011):

Es clara la palabra de Jesús. Dice: “Si quieres ser mi discípulo, si quieres seguirme, toma tu Cruz cada día y vente detrás de mí”. Y dice más: “Quien quiera ganar su vida, la perderá; pero quien la pierda por mí y el Evangelio, la encontrará”. El seguimiento de Jesús lleva consigo el tomar parte en su destino: la Cruz (p.33).

De acuerdo a Barón (2011), esto fue lo que desde su vivencia escribió san Rafael Arnaiz: “¡Cuántas lágrimas cuesta el llegar a besar la cruz! Primero se la pedimos, cuando nos la da, lloramos, pero una vez que estamos en ella, qué felices nos sentimos al vernos junto a Cristo”. (p.391)

La experiencia del dolor, entendida como modo de unión con Cristo, no constituye para el místico una situación temporal, sino que hace parte de una aleccionadora realidad cotidiana. En palabras de santa Laura Montoya (2017), el dolor es una “escuela en la que se aprende que nada vale, que el corazón necesita amar, que lo pasajero no puede llenarlo y que el dolor es el único pan del alma en esta vida” (p.34). Agrega la santa colombiana, reflexionando acerca de los sufrimientos y persecuciones a causa de su trabajo misionero:

Me sirvió mucho el haber estado dispuesta a superarlo todo por cumplir la voluntad de Dios y el haber ejercitado la voluntad a plegarse a lo difícilísimo. Y esto, ¿quién no lo aprende si estudia un poco la pasión y muerte de nuestro Señor? Esa

es la escuela donde se aprende a amar, ¡abrazando todas las penalidades, humillaciones y dolores! (p.615)

Es precisamente en la cruz donde el Amado se encuentra con el amante, quien reconoce la voz de su Señor que le dice “camina, vamos al pie de la cruz, que es donde yo cito a los que amo, y allí te daré la palabra de dejarme servir, pero en la cruz. No volverás a retirarte de ella” (Santa Laura Montoya, 2017, p.177). En este mismo sentido y citada por Salvador (1996), santa Catalina de Siena, en su diálogo con Dios, siente que el Amado le dice:

Sufrid, pues, tú y los demás servidores míos, con verdadera paciencia, dolor de la culpa y amor a la virtud, por la gloria y alabanza de mi nombre. Obrando así quedarán satisfechas tus culpas y las de los demás servidores míos, de modo que las penas que habéis de soportar serán suficientes, por medio de la virtud de la caridad, para satisfacer y merecer el premio para vosotros y para otros (p.60).

Esto la motiva en su proyecto de llevar una vida conforme a la voluntad de Dios y de unirse íntimamente a él. En respuesta a la invitación de Jesús, dirá: “¡Oh caridad inestimable, oh primera Verdad! Solo me sentiré plenamente satisfecha cuando reciba la gracia de sufrir grandes tormentos por ti y por tu gloria” (Salvador y Conde, 1996, p.513).

Se puede decir que la experiencia de unión al dolor de Cristo se convierte en un primer paso de la vida mística y constituye, si así se quiere, una primera tipificación de dicha realidad, que más adelante permitirá llegar a la experiencia de los desposorios espirituales.

Unión esponsal (Desposorios místicos)

Si lo más propio de la experiencia mística es la realidad de la unión del alma con Dios, luego de unirse al dolor del Amado, el místico tiende a tener un ascenso

espiritual donde su vida se entrelaza definitivamente con su Señor. Para ilustrar este grado de unión, la tradición espiritual de la Iglesia ha utilizado la imagen de los desposorios, que al aplicarse a la experiencia de unión entre Dios y el creyente se puede denominar *mística sponsal*, la cual parte de un fondo más típicamente bíblico y cristiano y se contempla como la comunión de la esposa con el esposo, comunión de disponibilidad y de entrega total, en la que un amor libre responde a la iniciativa del Amor soberano, que crea en la criatura las condiciones mismas de la respuesta (De Fiores, 1985, p.933).

El profeta Isaías se refiere al Dios creador de toda la tierra como el *esposo*, redentor y santo de Israel (cf. Is 54,5), y Oseas -anunciando el futuro del pueblo de Dios tras sus continuas infidelidades- dirá: “Te haré mi esposa para siempre; te desposaré en justicia y en derecho, en amor y en compasión; te desposaré en fidelidad, y tú conocerás a Yahvé” (Os 2,21-22).

Jesús mismo se identificó en los evangelios como el *esposo divino*, por el cual los invitados a la fiesta no pueden ayunar, ya que se gozan de su presencia (Cf. Mt 9,15; Mc 2,19-20; Lc 5,34-35), siendo su esposa, tal y como lo expresa el apocalipsis, la Iglesia de Dios, de la cual se dice que se ha engalanado para las bodas del cordero (cf. Ap 19,7). Así, la Iglesia, identificada como la ciudad santa, la nueva Jerusalén (cf. Ap 21,2), espera ansiosa el regreso de Cristo, su esposo, como signo de la espera personal de cada alma por encontrarse definitivamente con su Señor. Esta misma relación sponsal entre Cristo y la Iglesia, la menciona san Pablo en su carta a los Efesios cuando, recordando a los maridos el amor debido a sus esposas, pone como ejemplo a Cristo que amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella (cf. Ef 5,15).

Esta es la experiencia de algunos místicos, quienes, en determinados momentos de sus vidas, han *celebrado* estos desposorios espirituales con Dios como una gracia extraordinaria que reciben inmerecidamente. Ejemplo de esto es santa Juana de la Cruz, quien desde temprana edad experimentó visiones, éxtasis, sueños místicos y recepción de mensajes sagrados. A los veintiséis años recibió la gracia del desposorio místico y el Viernes Santo de 1508 vivió la dolorosa estigmatización (La mística nupcial en sor Juana de la Cruz y san Juan de la Cruz).

Al respecto, Fray Andrés de Jesús, narrando la experiencia de santa Teresa de Jesús, manifiesta que ella, estando afligida por pensar que nunca había tenido qué dar a Dios, entendió claramente que Cristo le decía:

ya sabes el desposorio que hay entre ti y mi; y habiendo esto, lo que yo tengo es tuyo, y así te doy todos los dolores y trabajos que pasé, y con esto puedes pedir a mi Padre como cosa propia”. (Ferreira, s.f.)

Por su parte, santa Teresita del Niño Jesús (s.f.), en el momento de realizar sus votos religiosos, ora a Dios diciendo:

Haced que cumpla con toda perfección mis votos, que nadie se cuide de mí, que sea pisoteada y olvidada como un granito de arena. Me ofrezco a Vos, Amado mío, para que cumpláis perfectamente en mí vuestra voluntad, sin que jamás las creaturas sean obstáculo para ello, manifestando con esto, el deseo de desposarse perpetuamente con el Señor (p.161).

En una reflexión posterior, consignada en *Historia de un alma*, expresa la santa de Lisieux: “Una pequeña víctima de amor, ¿pueden encontrar horroroso lo que su Esposo le envía? A cada instante me da lo que puedo soportar; nada más, y si luego aumenta mi dolor, aumenta también mis fuerzas” (p.297). De este modo, se entrevé con claridad la relación sponsal que, como experiencia mística, tuvo la patrona de las misiones.

También santa Laura Montoya (2017) tuvo esta experiencia de unión con el divino Esposo, a quien se ofrece libremente cuando escribe: “pues en uso lo que me pertenece, con la mayor propiedad conocida, hago la siguiente donación, en presencia de los ángeles que me guardan. Te doy y para siempre mi libertad. Dispone de ella como os plazca” (p.259).

Es similar la experiencia de santa Faustina Kowalska, quien manifiesta un profundo sentimiento de gratitud hacia Dios, esposo de su alma, por su misericordiosa

Aporte de la experiencia mística de santa Faustina Kowalska a la comprensión del fenómeno teológico de agonía

elección para ser su esposa. En su diario consigna: “Oh Señor y mi eterno Creador, ¿Cómo podré agradecerte por esta gran gracia de que Te dignaste elegirme a mí, miserable, como Tu esposa y me unes a Ti con un vínculo eterno? (Kowalska, 1996, p.132).

Todo esto logra esbozar brevemente algunas experiencias que, a lo largo de la historia de la Iglesia, han tenido diferentes místicos, y que resultan iluminadoras a la hora de analizar la manera en que esta tipología mística se aplica a la vivencia de santa Faustina Kowalska.

Aspectos de la *agonía mística* en Santa Faustina Kowalska

Si antes se ha dicho que los místicos han tenido experiencias de unión con Dios, caracterizadas como unión al dolor de Cristo y desposorios místicos, la experiencia de mística de santa Faustina se puede tipificar a partir del sentimiento de agonía: es un alma que agoniza, en el sentido griego de la palabra, al sentirse envuelta en un árido desierto, y a la vez por la impresión de sentirse muy distante de la presencia de Dios a quien tanto desea, como si estuviera en el más cruel destierro.

Desde estas dos perspectivas se abordará la vivencia mística de la santa, permaneciendo en el horizonte de la experiencia mística general que se mencionó más arriba.

Agonía del alma por el sentimiento de desierto

Desde tiempos inmemoriales, la Iglesia ha identificado en el desierto una imagen del proceso purificador de Dios en las almas. Así, para el pueblo de Israel, el paso por el desierto, con sus continuas y exigentes pruebas, fue ocasión propicia para ir aprendiendo paulatinamente y a través del sufrimiento, aquello que Dios les planteaba como el estilo de vida que les permitiría llegar a ser *santos como su Dios que es Santo* (cf. Lv 19,2).

La aridez, la esterilidad y las temperaturas extremas de este espacio geográfico, permiten hacer una analogía directa con la experiencia del dolor, aquel que es fruto de una vida que continuamente está rodeada de situaciones opuestas a lo placentero, y que implican la práctica de una exigente ascesis.

Si se decía que la experiencia mística se tipificaba en la vida de algunos santos como unión con el dolor de Cristo, en santa Faustina se convierte en experiencia mística de agonía, identificada concretamente en un sentimiento de destierro (dolor) causado unas veces por la conciencia de pecado, otras por enfermedades físicas o incompreensión por parte de sus hermanas de comunidad.

Al respecto, anota en su diario, cómo su alma agoniza al contemplar la enorme dicotomía entre sus deseos más profundos y la verdad de su persona. Afirma: “el alma desea a Dios apasionadamente, pero ve su propia miseria, empieza a sentir la justicia de Dios” (Kowalska, 1996, p.76). Es ante la propia verdad, aquella que es imposible ocultar ante los ojos de Dios, que el alma sensible a las mociones del Espíritu empieza a experimentar un profundo dolor por la conciencia del mal cometido durante la vida. Esto lo advierte la santa polaca cuando siente que una terrible oscuridad envuelve al alma. “El alma ve dentro de sí solamente pecado” (Kowalska, 1996, p.78), ante el cual, aunque anhela fervientemente a Dios, se siente rechazada. Todos los tormentos y súplicas del mundo son nada en comparación con la sensación en la que se encuentra sumergida, es decir, el rechazo por parte de Dios (Kowalska, 1996, p.97).

Este sentimiento de rechazo de Dios es causa del mayor tormento para el alma de quien ha experimentado místicamente aquella unión espiritual de la que se habló más arriba, ya que le parece que ha perdido a Dios para siempre, a ese Dios que tanto amaba (Kowalska, 1996, p.79), y a pesar de su esfuerzo por acercarse al Señor a través de la oración, no logra calmar la agonía que siente en el interior. Al respecto nos reporta el diario de

santa Faustina: “cuando vine a la meditación, entré en una especie de agonía, no sentía la presencia de Dios, sino que toda la justicia de Dios pesó sobre mí” (Kowalska, 1996, p.76).

En estas circunstancias, santa Faustina llega a expresar cómo su corazón bebe una continua amargura, porque anhela al Señor, a la plenitud de la vida. Y en su oración dice: “Oh Jesús, qué horrible desierto me parece esta vida. Me has dejado, oh, Señor, la santa hostia, pero ella incendia aún más el anhelo de mi alma por ti” (Kowalska, 1996, p.358). Más adelante agrega en otro numeral de su diario: “la vida en la tierra es una agonía continua” (Kowalska, 1996, p.579).

Si bien se entiende la agonía como lucha, como deseo de perseverar en la batalla, en algunos momentos este combate adquiere dimensiones tales, que el alma que la experimenta comienza a sentir que desfallece en su esfuerzo y que definitivamente, y sin remedio, su vida llega a su fin. En este punto anota santa Faustina en su diario: Jesús, solo tú sabes cómo el alma gime en estos tormentos, sumergida en oscuridad, y con todo eso tiene hambre y sed de Dios, como los labios quemados, tiene sed del agua. Muere y aridece; muere de una muerte sin morir, es decir, no puede morir.

Con todo esto, es posible dar el siguiente paso en nuestro intento por tipificar la experiencia mística de santa Faustina, teniendo presente que el alma agoniza de dolor y parece que no descansa porque no puede morir, inicia la segunda forma de entender la agonía del alma, ahora por experimentarse distante de Dios.

Agonía del alma por el sentimiento de destierro

Transcurriendo el año de 1542, el mundo vería nacer a Juan de Yepes Álvarez, quien más adelante, suscribiendo el nombre de Juan de la Cruz, escribiría en uno de sus poemas:

¡Oh llama de amor viva
que tiernamente hieres

de mi alma en el más profundo centro!

Pues ya no eres esquiva

acaba ya si quieres,

¡rompe la tela de este dulce encuentro!

Romper el velo que nos separa de Dios

(San Juan de la Cruz., 1994, p.110).

Dios, a quien se le identifica con una llama de amor, es invocado por este místico español solicitando que pronto destruya cualquier obstáculo que impida el tan anhelado encuentro entre el alma y el amado. Es como un grito que sale desde lo más profundo del corazón y que expresa, con claridad y evidencia, un camino espiritual que progresivamente apunta a una unión cada vez más perfecta con Dios. En medio de todo esto, el alma que se siente como desterrada, lejos de Dios, suplica confiadamente que, por la muerte, se rompa definitivamente el lazo opresor de lo meramente material que le aparta de Dios, eminentemente espiritual. Precisamente en este sentido continúa el doctor místico:

¡Oh cauterio suave!

¡Oh regalada llaga!

¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado

que a vida eterna sabe

y toda deuda paga!

Matando, muerte en vida has trocado (San

Juan de la Cruz., 1994, p.111).

Por esta misma época, en los escritos de santa Teresa de Ávila se podrá ver registrado un deseo similar al que manifestaba su hermano en religión, ante el cual el alma se experimenta envuelta en un profundo dolor al no poder satisfacer el insondable anhelo de encontrarse con Dios cara a cara. Estos sentimientos los expresa en su poema cuando dice: “Vivo sin vivir en mí, y de tal manera espero, que muero porque no muero” (Santa Teresa., 2017, p.1482). Es como si el alma se encontrase fuera del ambiente vital al que pertenece y suspirara largamente por alcanzar, luego de lo que parecen eones, el estado definitivo

Aporte de la experiencia mística de santa Faustina Kowalska a la comprensión del fenómeno teológico de agonía

para el cual fue creada: el encuentro con Dios. Al respecto, continúa santa Teresa en su poema:

¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida!
Solo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero (Santa
Teresita del Niño Jesús, s.f., p.1482)

Una situación análoga se ve plasmada en “Historia de un alma” de santa Teresita del Niño Jesús (s.f.), donde la religiosa manifiesta: “Perecéame la tierra un lugar de destierro y soñaba en el cielo” (p.25) y luego, en medio de su oración expresa: “porque según presiento, ay mi destierro expira. Dardo inflamado, hierre, hiéreme prontamente, y el corazón traspasa, que triste aquí se siente” (p.290). Es la experiencia de aquel que incluso en sus sueños, donde se revelan los estados inconscientes de la persona, ve reflejarse lo que verdaderamente desea por encima de todas las cosas.

Por su parte, Barón (2011) cita a san Rafael Arnaiz, monje trapense en España durante el siglo pasado, quien dialoga consigo mismo en medio de su oración:

¿Hasta cuándo, Señor? Pues hasta que Él quiera. Pero es tan terrible vivir aquí, ¿verdad?, tan lejos..., cuando el Señor con una sola mirada nos podía llevar de una vez, para así cortar esta vida que es un continuo suspiro por su amor... En que no se descansa pensando en Él... En que el corazón se agita, se mueve y no espera más descanso (p.446).

Su alma anhela fervientemente el encuentro con Dios y siente que las horas pasan lentas mientras aguarda al divino esposo para el encuentro definitivo con él. Anota en sus cuadernos: “¡Cuánto tarda en llegar mi Jesús! Qué larga es la espera... Pero, qué dulce es el esperar para el que ama de veras” (p.489).

De la misma manera, santa Laura Montoya (2017), en medio del desarrollo de su vida espiritual y estando ya un poco avanzada en ella, comienza a sentir en su interior no solo un inmenso deseo

por salvar las almas de los indígenas, sino también un afán por encontrarse, luego del destierro, con el Señor de su alma, a quien busca ofrendar la alabanza de su propia existencia. Escribe en su autobiografía:

¿Cuándo hallaré el centro de mi ser? Mientras llega ese día, Señor de mi alma, viviré en la amargura y suspiraré como desterrada, como herida paloma que no alcanza al palomar, y mientras más acibarada esté mi vida, más conforme será con los deseos de mi corazón, pues no quiero dulzura en la tierra de pecado (p.476).

Sin entrar en el debate filosófico por el que disiente el pensamiento moderno con la concepción platónica acerca de la vida material como una *cárcel* que oprime el alma y de la cual, a toda costa, debemos escapar, podemos afirmar que santa Faustina Kowalska no fue ajena a esta experiencia, aunque entendiéndola exclusivamente desde el ámbito místico, como un sentimiento en el que su alma está como desterrada, alejada de su Señor. En diferentes apartados de su diario espiritual acentúa esta vivencia y manifiesta: “Deseo a Dios, deseo sumergirme en él. Entiendo que estoy en un terrible destierro” (Kowalska, 1996, p.338).

Esta vivencia se hace recurrente cada vez más durante sus jornadas diarias, al punto que parece no poder evadir este deseo que inunda su alma. En otro apartado de su diario escribe: En la noche del mismo día sentí en el alma una gran nostalgia de Dios; no lo veo con los ojos del cuerpo como antes, sino que lo siento y no comprendo; eso me produce un anhelo y un tormento indescriptible. Me muero del deseo de poseerlo para sumergirme en Él por la eternidad (Kowalska, 1996, p.227).

Este sentimiento adquiere nuevas dimensiones cuando comienza a matizarse con desconocidos anhelos, aunque directamente relacionados con la experiencia de destierro. Llega un momento donde parece que nada es capaz de sosegar la añoranza del alma. “El anhelo por ti, oh creador mío y Dios eterno, ni las solemnidades ni los bellos cantos alivian mi alma, sino que me

provocan una mayor nostalgia” (Kowalska, 1996, p.351), y al ver que se dilata indefinidamente este estarse lejos de Dios, el alma le reclama desconsolada: “Oh Dios mío, que nostalgia siento hoy por ti. Oh, Jesús, cuanto me pesa este destierro, cuanto se prolonga” (p.573).

Incluso la protesta adquiere notas de desesperación y se llega a creer que la distancia entre el propio ser y la divinidad responde a un capricho del que simplemente se pudiera desistir. Al respecto escribe santa Faustina (1996): “Oh Jesús ¿Cómo puedes dejarme todavía en este destierro? Me muero del deseo por ti” (p.349), y continúa diciendo: “el deseo ardiente ha invadido toda mi alma; cuán profundamente siento que estoy en el destierro. Oh, Jesús ¿Cuándo llegará el momento deseado?” (p.434).

Es por estos sentimientos, tanto la experiencia de desierto espiritual como la experiencia de destierro, que el alma entra en agonía y se pregunta cuándo terminará este mal que padece. En este sentido, manifiesta la santa polaca: “yo agonizo por ti, Jesús ¿Cuándo me llevarás a tu casa?” (p.436), y en otro aparte expresa: “así suspira hacia ti, Jesús, tu esposa, que por anhelarte vive agonizando” (p.483).

Esta agonía, como ya se ha dicho más arriba, no se refiere a la experiencia natural por la que el cuerpo siente la proximidad de la cesación de las funciones vitales, sino a una agonía eminentemente espiritual que incluso se presenta como más grave, porque, como lo dice esta santa, “la agonía natural será más leve, porque durante ella se agoniza y se muere mientras aquí uno agoniza sin poder morir” (p.568).

A pesar de todo, el alma no desfallece en su esfuerzo, porque aunque su estado de agonía le hace sufrir, la conserva en pie de lucha, batallando, en concordancia total con la manera como se ha expuesto que es el significado más adecuado para dicha palabra.

A partir de esto puede afirmarse que el místico no se abandona en sus experiencias de desierto y destierro, sino que, luchando, llega al punto de manifestar agradecimiento con Dios, quien le permite, misericordiosamente, verse envuelto en esta realidad. Esta aparente contradicción es

manifestada por la santa de la divina misericordia cuando dice: “Te doy gracias por estos dones, sin embargo, mi corazón agoniza por añorarte” (Kowalska, 1996, p.407).

Con base en esto, puede concluirse que si para santa Faustina la agonía es lucha, su experiencia resulta entonces iluminadora si se le preguntara cuál es el modo concreto en que se mantuvo firme y en pie de lucha.

Hacia un intento de solución de la *agonía mística*

Desde las líneas del diario espiritual de santa Faustina, se hace evidente su disposición constante por mantenerse en esa lucha agónica, lejos del terrible derrumbamiento que el tentador maligno espera del hombre para que nunca alcance la visión beatífica, proyecto primigenio de Dios para la humanidad. En este sentido, la experiencia mística de la santa polaca ofrece un camino espiritual transitable por todo aquel, que en medio de su existencia, llega a verse envuelto en un sentimiento similar: lo que la conserva en actitud de batalla es la confianza en Dios.

A su corazón, profundamente amante de Dios y hondamente herido por las experiencias del desierto y del destierro, llega una certeza que la consuela en los momentos donde las propias fuerzas amenazan con agotarse. Al respecto anota en su diario: “durante los tormentos más duros fijo mi mirada en Jesús crucificado; no espero ayuda de parte de los hombres, sino que tengo mi confianza en Dios” (Kowalska, 1996, p.301). Es precisamente su confianza en la misericordia de Dios la que la anima para conservarse luchando, sin desfallecer, como un recipiente al que podrá acudir para tomar las gracias necesarias del manantial del amor divino.

Esta certeza, sumamente consoladora para el alma, no es consecuencia inmediata de una breve relación con Dios, al contrario, es fruto maduro de un camino hecho con paciencia donde el alma va aprendiendo paulatinamente que la confianza es una actitud del corazón sumamente agradable a Dios. A esta conclusión llegó santa Faustina y la expresa en su diario cuando afirma que “un solo acto

Aporte de la experiencia mística de santa Faustina Kowalska a la comprensión del fenómeno teológico de agonía

de confianza en los momentos de grandes tribulaciones da más gloria a Dios que muchas horas pasadas en el gozo de consolaciones durante la oración” (p.65).

El alma, aprendiendo a confiar en su amado y descubriendo que esta es una actitud sumamente agradable ante su corazón misericordioso, se esfuerza cada día por ofrendar a su Dios el homenaje del abandono a su divina voluntad con la certeza de que, como lo anota santa Faustina, “cuanto más confíe un alma, tanto más recibirá. Las almas que confían sin límites son mi gran consuelo” (p.575). Ella pudo descubrir que si deseaba recibir de Dios algún tipo de consuelo, debía primero consolar a su divino esposo a través del sometimiento de la voluntad humana y limitada a la voluntad divina y excelentemente sabia.

En medio de su enfermedad y viéndose cada vez más condicionada físicamente, luego de recibir la sagrada comunión, tuvo la fortaleza necesaria para realizar un acto de ofrecimiento capaz de remediar su profundo sentimiento de agonía. Así lo describe la misma santa:

Al entrar en mi habitación aislada, me sumergí en una oración de agradecimiento por todo lo que el Señor me había enviado a lo largo de toda la vida, sometiéndome completamente a su santísima voluntad. Un abismo de alegría y de paz inundó mi alma. Sentía una paz tan profunda que si en aquel momento hubiera venido la muerte no le habría dicho espera, porque todavía tengo asuntos por arreglar. No, la hubiera saludado con alegría porque estoy preparada para el encuentro con el Señor no solo desde hoy, sino desde el momento en que confíe completamente en la divina misericordia, abandonándome plenamente a su santísima voluntad llena de misericordia y de compasión” (p.609-610).

Con lo dicho hasta aquí, es evidente que no se trata de una confianza pasiva, donde la persona abandona sus potencialidades humanas y espera el fatídico desenlace que no tiene remedio, sino que, por el contrario señala una confianza activa que, a pesar de no encontrar una solución inmediata a su terrible mal, no reusa el combate, se conserva en actitud de agonía, y pone todo aquello que

está a su alcance para hacerse digna de la corona de gloria prometida por Dios, que no se marchita (cf. 1 Cor 9,25).

Esta experiencia de la confianza como remedio al sentimiento de agonía mística la comparten otros santos, quienes manifiestan de muchas maneras, en sus escritos espirituales, los inagotables beneficios otorgados a aquellos que saben abandonarse confiadamente en los brazos misericordiosos de Dios.

Santa Laura Montoya -por ejemplo- se expresa dichosa cuando descubre todo aquello que un alma que se abandona totalmente en su Señor, puede *arrancar* del trono de Dios. Escribe en su autobiografía (2017): ¡Seguridad y paz siente la miseria en manos de la misericordia infinita! ¡Seguridad, paz, descanso, perdimiento, aniquilamiento sin dolor, suavidad del cielo, siente mi alma! Qué posición más dulce... todo a los pies de vuestra misericordia infinita /.../ y agrega que ¡la confianza tiene todas las puertas abiertas! ¡Locos somos cuando no confiamos en Dios, siendo quien es! (p.260).

Es como si la santa colombiana quisiera gritar al mundo cuán importante es la confianza total en Dios, porque esta tiene campos extensos de amor, de paz y de suavidad brillante, que jamás el hombre puede rastrear sin haberlos experimentado (Santa Laura Montoya, 2017, p.454) y agrega que esta confianza es un preludio de la paz del cielo, de ella mana la paz, como del enjambre, la miel (p.451).

Por su parte, santa Teresita del Niño Jesús advierte los inmensurables beneficios de la confianza en Dios. Escribe: “Sin esperar a la otra vida, da Dios el ciento por uno, tanto a las más grandes cosas como en las que carecen de importancia, a las almas que lo abandonan todo por su amor” (s.f., p.176). Su experiencia espiritual enseña al mundo una manera diferente de presentarse ante Dios asumiendo que cada persona es como un niño pequeño que no teme a nada, ya que el amor de su padre le acompaña. Afirma en su *Historia de un alma*: “Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esa hoguera divina: ese camino es el del abandono de la creatura que se duerme sin temor en los brazos de su padre” (Santa Teresa, 2017, p.250)

En los poemas de santa Teresa de Ávila también podemos constatar cómo la confianza es un medio eficaz para conservarse en actitud de lucha. Si al principio, en uno de sus poemas, escribe que vive muriendo por no morir, al final concluye que la única manera de mantenerse sin *morir* mientras alcanza la muerte tan anhelada, es asumiendo su agonía con una profunda confianza en Dios. Expresa en su poema:

Solo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque muriendo, el vivir
me asegura mi esperanza.
Muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,

que muero porque no muero (Santa Teresa del Niño Jesús, 2017, p.1482)

Con todo esto, se propone con firmeza que en la misma medida que el alma agónica logre abandonarse totalmente en las manos de la divina y misericordiosa voluntad, logrará superar el sentimiento de desierto y destierro que le agobia profundamente.

Esta es la experiencia que aporta al mundo santa Faustina Kowalska, quien después de vivir un itinerario místico marcado por la agonía espiritual, logra sintetizar en la confianza en Dios el medio eficaz que le permitiera conservarse luchando hasta el encuentro definitivo e inmensamente anhelado con el divino esposo. En este sentido, ora diciendo: “Oh Jesús mío, que los últimos días de mi destierro sean conforme a tu santísima voluntad. Uno mis sufrimientos y mi agonía a tu sagrada pasión. Confío firmemente y me someto a tu santa voluntad” (Kowalska, 1996, p.573), y cercano ya el final de sus días, en su última nota de su diario escribe: “estoy envuelta totalmente por Dios. Mi alma se inflama de su amor. Sé solamente que amo y que soy amada. Eso me basta” (p.658).

Conclusión

La experiencia mística de santa Faustina Kowalska, que estuvo marcada profundamente por un sentimiento de agonía, se presenta como un hito histórico, no solo por la novedad con la que vislumbró un camino para perseverar durante su vida, alcanzando la santidad y atendiendo a la voz del divino Maestro, quien proclama que el que persevere hasta el final se salvará (cf. Mt 24,13), sino también porque realmente logró hacer vida en su existencia, un itinerario de confianza en la divina misericordia de Dios, que le permitiera superar el sentimiento de desierto y destierro que le agobiaba en lo más íntimo de su alma.

De la misma manera, el fiel creyente cristiano, que sufre en su interior por percibir la ausencia o lejanía de Dios, anhelándolo intensamente, podrá asumir como propio el camino propuesto por santa Faustina, comprendiendo que todos los acontecimientos de la vida, tal y como lo advierte el apóstol san Pablo, redundan en beneficio de aquellos que aman a Dios (cf. Rm 8,28), y responde a un designio inmensamente providente y misericordioso, al que se debe corresponder con la ofrenda de una confianza absoluta, que nos salva de la desesperación y del derrotismo.

Referencias

- Arnaiz, R. (2011). *Obras completas*. Burgos: Monte Carmelo.
- Bunge, M. (2014). *La ciencia-su método y filosofía*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana
- Concilio Vaticano II. (1970). *Mensaje a los pobres, a los enfermos, a todos los que sufren*. Madrid: Editorial Biblioteca de Autores Cristianos (BAC)
- Cortés, M. (2005). *La mística nupcial en sor Juana de la Cruz y san Juan de la Cruz*.
- Symposia Philologica*, 11, 3-15. Alacant, <https://cutt.ly/wXOKKo9>
- De Fiores, E. (1985). *Nuevo diccionario de espiritualidad* (Vol. 1). Madrid: Ediciones Paulinas.
- De Fiores, S., Goffi, T. y Guerra, A. (1985). *Diccionario de espiritualidad*. Madrid: Ediciones Paulinas.



Aporte de la experiencia mística de santa Faustina Kowalska a la comprensión del fenómeno teológico de agonía

- De Unamuno, M. (1930). *Agonía del cristianismo*. Madrid: Editorial Española.
- De Unamuno, M. (1984). *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: Editorial Sarpe.
- Diccionario Vox Greco español*. (2014). Madrid: Editorial Vox <https://cutt.ly/0XOD1Zd>
- Domínguez, J. (2010). *Diccionario Bíblico Cristiano*. <https://cutt.ly/hXOFiQT>
- Duque, C. (2018). *Psicología y espiritualidad*. Rionegro (Antioquia): Editorial Cygnus.
- Ferreira, J. (1978). Los desposorios místicos de santa Teresa en un manuscrito inédito de fray Andrés de Jesús. Instituto Histórico Teresiano. [//institucional.us.es/revistas/rasbl/10/art_2.pdf](http://institucional.us.es/revistas/rasbl/10/art_2.pdf)
- Feuillet, A. (1976). *El relato de la agonía de Getsemaní según Lucas*. (Lc 22, 39-46). *Selecciones de Teología*. 22, p.397-417
- González, O. (2001). *Cristología*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- González, J. (s.f.). *Mística de la compasión: Mística de ojos abiertos. Propositiones sobre la mística jesuánica*. Centro de reflexión teológica. <https://cutt.ly/yXOJWzW>
- Kowalska, F. (1996). *Diario, La divina misericordia de Dios en mi alma*. Editorial de los Padres Marianos de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María
- Lecours, S. (2018). Niveles de mentalización del sufrimiento en la clínica: Agonía, desamparo y tristeza adaptativa. *Revista de psicoanálisis y psicoterapia*. 11, 1-18. Universidad de Montreal. <https://cutt.ly/GXOZ1ET>
- Mazariegos, E. L. (2011). *Las huellas del maestro*. Bogotá. D. C.: San Pablo.
- Montes, J. (2014). *La filosofía en síntesis*. Bogotá: El Búho.
- Montoya, Santa Laura. (2017). *Historia de las misericordias de Dios en mi alma*. Bogotá. D. C.: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Múnera, J. (2019). Neuroteología y la naturaleza de la experiencia religiosa. *Theologica Xaveriana*. 69, (187), 1-24. <https://doi.org/10.11144/javeriana.tx69-187.nner>
- Navarro, R. (2010). Aproximaciones al quehacer teológico desde la experiencia mística. *Theologica Xaveriana*, 60(170), 500-501.
- Neyrey, J. (1980). La ausencia de emociones en Jesús: motivo redaccional lucano (Lc 22, 39-46). *Bíblica*. 61, 153-171. <https://cutt.ly/9XOXIY6>
- Pagola, J. (2012). *Es bueno creer en Jesús*. Bogotá, D.C. Editorial San Pablo.
- Popper, K. (1980). *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos.
- Rivera, J. (s.f.). Notas de clase.
- Romero, G. (2017). Filosofía científica y los límites de la ciencia. *Revista Científica de Estudios e Investigación*. 6(1), 97-103. <https://cutt.ly/jXOCEgW>
- Rosario, P. (2010). La filosofía de Karl Popper. http://pmrb.net/books/texts/karl_popper.pdf
- Royo, A. (1962). *Teología de la perfección cristiana* (Cuarta ed.). Madrid: Biblioteca de autores cristianos.
- Salvador, J. (1996). *Obras de santa Catalina de Siena*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- San Juan de la Cruz. (1994). *Obras completas*. Madrid: Biblioteca de autores cristianos.
- Santa Laura Montoya. (2017). *Historia de las misericordias de Dios en mi alma*. Bogotá. D. C.: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Santa Teresa del Niño Jesús. (2017). *Obras completas*. Burgos: Editorial Monte Carmelo.
- Santa Teresita del Niño Jesús. (s.f.). *Obras completas*. Quito: Fundación Jesús de la Misericordia.
- Sorgel, R. (2007). *La superación de la angustia fundamental del hombre por medio de la fe en Jesucristo*. <https://cutt.ly/0XOB5db>
- Velazco, J. (2003). *El fenómeno Místico*. Madrid: Trotta.

Villegas, J. (1988). El panorama de la ciencia Bertrand Russel. Santiago de Chile: Editorial Ercilla S.A.
<https://cutt.ly/pXONJjf>

Viteri, F. y Posada, E. (2018). Miguel de Unamuno: una comprensión de su pensamiento en torno a la agonía y la muerte. *Revista de Investigación e Información Filosófica*, 73, 1091-1114.